

“La sirena llamó. El monstruo respondió”*



BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO**

Analítica. Asociación de psicoanálisis, Bogotá, Colombia

“La sirena llamó.
El monstruo respondió”

“The Siren Called.
The Monster Answered”

“La sirène appela.
Le monstre répondit”



CÓMO CITAR: Moreno Cardozo, Belén Del Rocío. “La sirena llamó. El monstruo respondió”. *Desde el Jardín de Freud* 23&24 (2025): 175-181, doi: 10.15446/djf.n23&24.124770.

* Este texto es la ampliación de un breve ensayo publicado el 31 de mayo del 2022, en el *Magazín Cultural de El Espectador*.

** e-mail: bdmorenoc@unal

© Obra plástica: Sara Herrera Fontán

El texto se ocupa del cuento de Ray Bradbury, “La sirena en la niebla” [*The Fog Horn*], para indicar de qué manera el sonido de un faro se transforma en llamado para el último dinosaurio de mar. El encuentro de los personajes con la bestia remota termina por ser una despedida, muy a la manera del amor cortés, enarbolando el estandarte de lo imposible. Ese adiós queda como emblema de la destrucción de una de las modalidades esenciales de la alteridad animal. Siguiendo las líneas del cuento, queda, además, planteado el interrogante mayor relativo a la vida en el tiempo.

Palabras clave: “La sirena en la niebla”; Bradbury; llamado; último dinosaurio; tiempo.

This text explores Ray Bradbury’s story “The Fog Horn”, to show how the sound of a lighthouse becomes a call for the last sea dinosaur. The characters encounter with this remote beast ends as a farewell reminiscent of courtly love, upholding the emblem of the impossible. That farewell stands as a symbol of the destruction of one of the essential forms of otherness for the human being: animal otherness. Following the lines of the story, the text also raises the broader question concerning life within time.

Keywords: *The Fog Horn*; Bradbury; call; last dinosaur; time.

Ce texte aborde le conte de Ray Bradbury, “*The Fog Horn*”, pour montrer comment le son d’un phare devient un appel pour le dernier dinosaure marin. La rencontre des personnages avec la bête lointaine se transforme en adieu, à la manière de l’amour courtois, élevant l’étendard de l’impossible. Cet adieu demeure comme l’emblème de la destruction d’une des modalités essentielles de l’altérité humaine: l’altérité animale. En suivant les lignes du récit, le texte pose également la question plus vaste de la vie dans le temps.

Mots-clés: *The Fog Horn*; Bradbury; appel; dernier dinosaure; temps.



El cuento “La sirena en la niebla”¹, de Ray Bradbury, narra la mutación del sonido de la sirena de un faro en un potente llamado al que responde el último dinosaurio del mundo. La historia nos llega a través de Johnny, ayudante de McDunn, el guardador del faro. El sonido de la sirena no solo se extiende a través de miles de kilómetros mar adentro para alertar a los barcos, también surca el tiempo para tocar el oído de ese animal que habita en el fondo marino desde hace millones de años.

El cuidadoso tejido del escritor va entregando sus *anticipaciones* como sutiles avanzadas, de las que el lector será incauto, sumergido como queda el monstruo en la inmensidad marina de donde emergerá. Estas avanzadas del relato nos son entregadas en la voz de McDunn; sabemos por él que en el silencio de su labor piensa “en los misterios del mar”. Una noche vio cómo los peces ascendieron a la superficie marina, para permanecer flotando por un tiempo: “Algo los hizo subir y se quedaron flotando en las aguas, como temblando y mirando la luz del faro que caía sobre ellos, roja, blanca, roja, blanca, de modo que yo podía verles los ojitos”. Así como aparecieron un millón de peces, del mismo modo se retiraron al fondo del mar. McDunn aventura que esos seres habrían llegado en peregrinación para ver a su dios-luz, a su dios-voz. El artilugio humano para orientar a los navegantes se había convertido en un trampantojo para los peces. Quizá, así también queda evocado lo que en otro tiempo inauguró la antigua labor de cacería: engañar al animal con unos ojos que no ven y con un sonido sin alma que lo reclama.

Volviendo a las anticipaciones del relato, también nos enteramos de que el día de su encuentro con Johnny, McDunn “había estado nervioso [...] y no había dicho por qué”. Después le dirá al joven que en las tierras sumergidas se siente “*realmente* miedo”. Ese miedo no es otro que el vértigo temporal de la vida sumergida que persiste y traspasa los siglos, mientras en tierra no cesa el bullicio del trasegar humano: “Piénsalo, allá abajo es el año 300.000 antes de Cristo. Cuando nos paseábamos con trompetas arrancándonos países y cabezas, ellos vivían ya bajo las aguas, a dieciocho kilómetros de profundidad, helados, en un tiempo tan antiguo como la cola de un cometa”. Luego, McDunn le anuncia a Johnny que le ha “reservado algo especial”. Así, poco a poco, termina por contarle que “algo viene a visitar el faro”. Bradbury crea, entonces,

1. Ray Bradbury, “La sirena de la niebla”, en *Las doradas manzanas del sol* (Barcelona: Ediciones Minotauro, 1982). Traducción: Francisco Abelenda.

una suerte de remolino en las aguas de su mar: hace un rodeo, gira, da vueltas con sus palabras para ir creando el ojo vertiginoso del cual emergerá la bestia remota, el monstruo solitario, el último y desolado dinosaurio. Estas breves y eficacísimas anticipaciones están acompañadas de otra menos notoria, y a la vez legible: el sonido de la sirena, que “se anuncia a sí misma con una voz de monstruo”. Con esta delicada antesala, aparecerá después el “monstruo” verdadero emergiendo del fondo marino, pues así queda nombrado, en muchas ocasiones, el dinosaurio de mar:

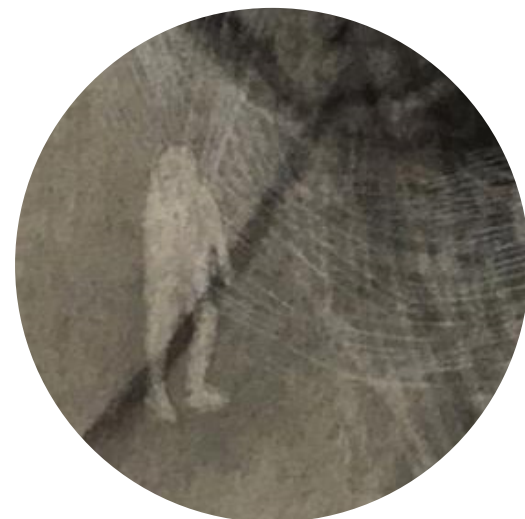
Y entonces de la superficie del mar frío salió una cabeza, una cabeza grande, oscura, de ojos inmensos, y luego un cuello. Y luego... no un cuerpo sino más cuello, y más. La cabeza se alzó doce metros por encima del agua sobre un delgado y hermoso cuello oscuro. Solo entonces, como una islita de coral negro y moluscos y cangrejos, surgió el cuerpo de los abismos. La cola se sacudió sobre las aguas. Me pareció que el *monstruo* tenía unos veinte o treinta metros de largo.

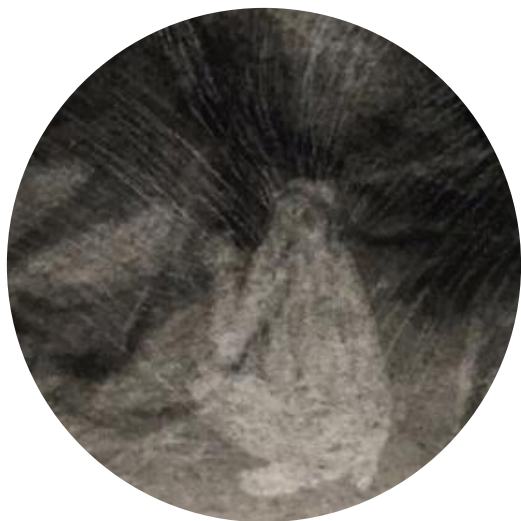
Desde luego, la descripción de la bestia gris, de piel brillante y correosa, evoca la pintura que se ha hecho del famoso monstruo del lago Ness. Entre tanto, para el lector, la llegada lenta del monstruo, luego de deslizarse “plano y silencioso” bajo el enorme peso del mar, es la misma en que el relato avanza: vamos siguiendo, pausadamente y sin darnos cuenta, el artilingio en que nos envuelven los guiños anticipatorios del narrador.

Dado que el sonido de la sirena se ha vuelto llamado para la bestia, desde el comienzo será “grito alto y profundo”, que zumba “en la alta garganta del faro” y, que a su vez, parece “un enorme animal que *grita* en la noche”. De modo que la sirena emite un llamado en el profundo silencio nocturno. En esas descripciones advertimos una personificación de la sirena, pues el aparato grita, zumba, llama, tiene garganta para tronarle al abismo: “estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí”. ¿Acaso no es eso un grito: la declaración mínima y máxima de la existencia? Dicho de otra manera, la sirena clama de la misma forma en que un hombre lanza al viento su llamado angustioso.

Pero si el sonido de un aparato se convierte en llamado, en la magnífica prosopopeya del relato, es porque su artífice humano así lo ideó, así lo soñó, y así terminó por crear una boca sin boca, para gritarle a la inmensidad “estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí”. Por ello, uno de los tramos más bellos del cuento es la conjetura que el mismo McDunn hace sobre el origen de la sirena, un mito que habla de un hombre que, al escuchar el sonido del mar en la costa fría, se propuso crear

[...] una voz que llame sobre las aguas, que advierta a los barcos [...], una voz que será *como* todo el tiempo y toda la niebla; una voz *como* una cama vacía junto a ti toda la noche, y *como* una casa vacía cuando abres la puerta, y *como* otoñales árboles desnudos. Un sonido de pájaros que vuelan hacia el sur, gritando, y un sonido de





viento de noviembre y el mar en la costa dura y fría. Haré un sonido tan desolado que alcanzará a todos y al oírlo gemirán las almas, y los hogares parecerán más tibios, y en las distantes ciudades todos pensarán que es bueno estar en casa. Haré un sonido y un aparato y lo llamarán la sirena, y quienes lo oigan conocerán la tristeza de la eternidad y la brevedad de la vida.

Es notorio que la invención de McDunn sobre el origen de la sirena está tejida con una serie de comparaciones bien singulares, pues las equivalencias pretendidas para el sonido desbordan hacia la inmensidad: un sonido que no diga nada y lo contenga todo. Un sonido que aloje el vacío, la pérdida, la partida, la caducidad de la vida. Por ello, ese sonido contiene la médula misma del dolor. Todas las comparaciones que anteceden como propósito a la fábrica del inventor no están trazadas a la medida de un sonido según un juego de equilibradas correspondencias; más bien, se abisman hacia la dimensión inconmensurable de un dolor.

Una de las aristas más agudas del cuento ocurre cuando el monstruo aparece acudiendo al llamado de la sirena. Esa aparición se le antoja a Johnny un *imposible*. He aquí la respuesta de McDunn: “—No, Johnny. *Nosotros* somos los imposibles. Él es lo que era hace diez millones de años. No ha cambiado. Nosotros y la Tierra cambiamos, nos hicimos imposibles. *Nosotros*”. ¡Qué más actual, qué más verdadero, qué más certero que calificar a nuestra especie como *imposible*! Acá me quedo pensando en esta criatura desnaturalizada que es el ser humano, en sus estropicios, en sus impases, en sus encrucijadas sin solución, en la renovación incesante de sus desaciertos... El contraste es claro: el humano *imposible*, la bestia submarina *posible*, en esa existencia inaudita que atraviesa millones de años, frío y niebla. Este contraste es también el que se establece entre el tiempo de la duración, de la continuidad sin variaciones, de la permanencia discreta y palpitante de la vida, y el tiempo mutable, cambiante, alterado, de esa fábrica incesante de atoladeros que es la labor humana. La cuestión es que la criatura de otro tiempo es alterada por las de este tiempo. Es por ello que McDunn corrige a Johnny cuando él habla de la extinción de los dinosaurios:

No [se murieron], se ocultaron en los abismos del mar. Muy, muy bajo en los más abismales de los abismos. Es esta una verdadera palabra ahora, Johnny, una palabra *real*; dice tanto: los abismos. Una palabra con toda la frialdad y la oscuridad y las profundidades del mundo.

Entonces, los animales más viejos tuvieron que esconderse en el fondo marino. ¿De qué se ocultaban? ¿De quiénes escapaban? Acaso de los seres *imposibles*. Solo en un escondrijo acuático, enorme y recóndito, el monstruo pudo permanecer vivo y a la espera.

En el vaivén del llamado de la sirena y la respuesta del monstruo se muestra el prodigio de los artificios del inventor anónimo: “La sirena llamó. El monstruo respondió”. Llamado y respuesta no son otra cosa que la célula más primaria de nuestra entrada en el lenguaje: alguien llama a la criatura, esta responde. Es un milagro que un viviente responda al llamado acudiendo desde el fondo del abismo. Entre la sirena y el monstruo se gritan, alternando, sin palabras: desde el desmedido propósito de la fábrica humana hasta el insondable misterio de esa vida que no cambia. El monstruo es llamado no solo por la voz del faro, también es urgido a responder por la soledad de su larga espera.

El dinosaurio es solicitado con una voz semejante a la que oyó cuando estaba con los de su tribu: la voz del faro lo engañó, lo sacó de su sueño, pues sonó como el tronido de los suyos. “Pero ahora estás solo, totalmente solo en un mundo que no te pertenece, un mundo del que debes huir”. Este mundo ya no es el de los dinosaurios de mar, tampoco el de todas las bestias magníficas que lo acompañaron. Acaso fue una criatura desvalida, extraviada, proliferante, la que empujó al monstruo al abismo, luego lo sacó a punta de gritos de sirena del mundo recóndito en el que lo había confinado... La bestia cuasi eterna emite un “sonido de soledad, mares invisibles, noches frías”. Al parecer, el cuento habla no solo de la soledad del monstruo, también se refiere a la del humano, que tantas veces ha tenido que asistir a la extinción de los otros seres que pueblan la Tierra por él colonizada. En esta ocasión se trata de la tormentosa despedida del último dinosaurio. Hubo también el último dodo, el último mamut, el último rinoceronte negro, el último pez remo de la China... La alteridad animal en riesgo de ser desalojada; el humano en riesgo de quedarse solo gritando, desde la vana torre de su señorío: “¡estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí!”.

A estas alturas, aparece un giro en la conversación entre los dos hombres donde la interpelación de McDunn a Johnny termina sustituyendo a este por la criatura abisal. Entonces, el “tú” del diálogo, el destinatario de McDunn, deja de ser Johnny para convertirse en el monstruo desolado:

Quizá esta solitaria criatura tiene un millón de años. Piénsalo, esperar un millón de años. ¿Esperarías tanto? Quizá es el último de su especie [...]. De todos modos, hace cinco años vinieron aquí unos hombres y construyeron este faro. E instalaron la sirena, y la sirena llamó y llamó y su voz llegó a donde *tú* estabas, hundido en el sueño y en recuerdos de un mundo donde había miles como *tú*. Pero ahora estás solo, enteramente solo en un mundo que no te pertenece, un mundo del que debes huir. El sonido de la sirena llega entonces, y se va, y llega y se va otra vez, y *te mueves* en el barroso fondo de los abismos, [...] *te mueves* lentamente, lentamente, pues tienes todo el peso del océano sobre los hombros. Pero la sirena atraviesa mil kilómetros de agua, débil y familiar, y en el horno de *tu* vientre arde otra vez el fuego, y *te incorporas* lentamente, lentamente





[...]. Y ahí estás, ahí, en la noche, Johnny, el mayor de los monstruos creados. Y aquí está el faro, que *te* llama, con un cuello largo como el *tuyo* que emerge del mar, y un cuerpo como el *tuyo*, y, sobre todo, con una voz como la *tuya*.

Este no es solo un cotejo imposible: desde la medida limitada de Johnny hacia lo inconmensurable de la criatura arcaica. Al transformar el tercero del que se habla (el dinosaurio) en la segunda persona a la que se dirige, el protagonista también te habla a ti, para recordarte la forma en que te estremeció el llamado, el modo en que hizo que tu cuerpo se incorporara, la manera enigmática en que acudiste... Te movías. Eres una vieja criatura despertada de su sueño solitario.

Es por ello que “La sirena en la niebla” da la impresión de ser también una historia de amor que se desgasta en la espera y que tiene como destino ineluctable la destrucción del amado que ha dejado de responder: “Siempre alguien que espera a algún otro, que nunca vuelve. Siempre alguien que quiere a algún otro que no lo quiere. Y al fin uno busca destruir a ese otro, quienquiera que sea, para que no nos lastime más”. Hay que decir que aquí encontramos otra anticipación del final de la historia: el monstruo se abate sobre la torre del faro que ya ha dejado de responder con el grito de su sirena. Entonces, con sus “ojos furiosos y atormentados [...], el monstruo abrazó el faro, y arañó los vidrios”, hasta que la torre se desplomó. La criatura retornada al abismo “ha comprendido que en este mundo no se puede amar demasiado [...]. Ah, ipobre criatura! Esperando allá, esperando y esperando, mientras el hombre va y viene por este *lastimoso planeta*”. Llegados a este punto, el cuento de Bradbury se me antoja una versión moderna del amor cortés enarbolando su *imposible* desde la alta torre... El “*partenaire inhumano*”, tan propio de esa modalidad amatoria, estaría representado en el faro y su sirena, ese aparato insensible que apeló a los entresijos de la bestia solitaria. Lo que hace de este cuento una versión moderna es su final de destrucción, a tono con el horizonte actual de “este *lastimoso planeta*”. ¡Pura metonimia!: el *lastimoso imposible* es el ser humano. Es eso lo que nos espeta el cuento de Bradbury.

El imposible de este mal encuentro no solo radica en que el *partenaire* del dinosaurio es inerte, una máquina aullante desprovista de vida, al mismo tiempo, reclamante e insensata. El abismo ante el que queda el monstruo solitario es la locura de un imposible temporal:

Lo vi todo..., lo supe todo. El solitario millón de años, esperando a alguien que nunca volvería. El millón de años de soledad en el fondo del mar, *la locura del tiempo allí*, mientras los cielos se limpiaban de los pájaros reptiles, los pantanos se secaban en los continentes, los perezosos y los dientes de sable se zambullían en los pozos de alquitrán,

y los hombres corrían como hormigas blancas por las lomas”. El misterio de la vida es también el misterio de su tiempo. Ante ello, la criatura *imposible* también se abisma.

BIBLIOGRAFÍA

BRADBURY, RAY. “La sirena de la niebla”, en *Las doradas manzanas del sol*. (Barcelona: Ediciones Minotauro, 1982). Traducción: Francisco Abelenda.

